



PLANETA

JUVENIL

RITA Y LA SOCIEDAD SECRETA DEL ACERTIJO

ANDRÉS OSPINA



Planetalector

Colección Planeta Lector

Diseño de colección: departamento de diseño Grupo Planeta

© Andrés Ospina

© Editorial Planeta Colombiana S. A., 2017

Calle 73 N.º 7-60, Bogotá

Ilustración de cubierta: Rafael Fornaris

Ilustraciones interiores: Andrés R. Londoño – Kunstomerservice

Viñetas: Typozon

Fotografía capítulo 6: escalera del claustro, Archivo Histórico

Universidad del Rosario, álbum 1, foto 031

Mapa capítulo 15: plano topográfico de San Agustín, Konrad
Theodor Preuss, 1931

ISBN 13: 978-958-42-6169-4

ISBN 10: 958-42-6169-X

Primera impresión en esta edición: diciembre de 2017

Segunda impresión en esta edición: junio de 2018

Tercera impresión en esta edición: noviembre de 2018

Cuarta impresión en esta edición: febrero de 2020

Impreso por: Editorial Bolívar Impresores S. A. S.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo del editor.

ANDRÉS OSPINA (biografía)

Andrés Ospina (1976) es un autor bogotano, también conocido por su trabajo en radio, prensa y televisión. Es autor, entre otros, de los libros *Bogotá Retroactiva*, *Bogotálogo: usos, desusos y abusos del español hablado en Bogotá*, *El Silbón*, *Y yo que lo creía un farsante*, *Ximénez* y *Chapinero*.

Ha coordinado y presentado programas en emisoras como Radio Nacional de Colombia, Radiodifusora Nacional - 99.1 y Radiónica, con espacios como *La Silla Eléctrica*, *El Síndrome del Domingo* y *Rockuerdos*. Ha impulsado distintas iniciativas acerca de la historia y patrimonio de su ciudad, tales como el blog *El Blogotazo*, en la versión digital del periódico *El Tiempo*, y el sitio web *Museo Vintage*. Textos suyos han aparecido en *El Tiempo*, *El Espectador*, *Esquire*, *Rolling Stone*, *Semana*, *Publimetro*, *Cartel Urbano*, *Cambio*, *SoHo*, *Lecturas Dominicales* y *Caras*. Ha sido presentador y miembro del equipo creativo de espacios para televisión como *Callejeando* y *Leer es Volar Tv*.

Vorwort.

Als der Weltkrieg zu Ende war, konnte ich zwar Ende 1919 endlich aus Kolumbien zurückkehren, es bestand jedoch noch lange keine Möglichkeit, meine 6 Jahre vorher, 1913/14, ausgegrabenen Sammlungen nach Deutschland zu überführen. Erst im Frühling 1923, nachdem auch die Abflatsche der großen Statuen in Gips ausgegossen waren, konnte ich diese überaus fremdartigen monumentalen Kunstwerke zu einer Ausstellung im großen Lichthof des früheren Kunstgewerbemuseums in Berlin vereinigen. Trübe war die Zeit, und ich glaubte nicht, daß sich mehr als die engste Sachwissenschaft für meine mir ans Herz gewachsenen Riesen aus dem innersten Kolumbien interessieren würde. Um so mehr war ich durch den Erfolg überrascht. Weit über die Grenzen Deutschlands hinaus tauchten die Bilder der Figuren meiner Ausstellung in den Zeitschriften auf, und nicht besser kann der Eindruck, den meine bescheidenen Gipse und Originale machten, geschildert werden, als durch die Tatsache, daß ein Referent sie mit den damals gerade in aller Munde lebenden Schätzen des Tut-anch-Amon auf eine Stufe stellte.

Möge der Anklang, den die Ausstellung damals fand, eine gute Vorbedeutung für die Verbreitung dieses Buches sein. Doch muß ich es von vorneherein aussprechen, daß es in erster Linie der archäologischen Wissenschaft dienen soll und daher lediglich nach wissenschaftlichen Gesichtspunkten zur Förderung der Kenntnis der amerikanischen Archäologie abgefaßt worden ist. Der Archäologe soll alle Einzelheiten wirklich erkennen und nicht nur durch den künstlerischen Eindruck gefesselt werden, obwohl auch diesem Gesichtspunkt durch die Art der Wiedergabe überhaupt und durch größere Darstellungen einzelner hervorragender Stücke Rechnung getragen ist. Er muß ferner auch alle Kleinfunde bis auf unbedeutende Scherben vor Augen haben.

Der Wissenschaft zu Liebe ließ es sich nicht anders machen, als die Gipsabgüsse und die an Ort und Stelle gebliebenen entsprechenden großen Originale an der Hand meiner dort aufgenommenen Photographien zuweilen nebeneinander abzubilden, um das Verhältnis des deutlicher zuhause aufgenommenen Abgusses zu der im Felde zustande gekommenen Photographie des Originals kenntlich zu machen. Ist doch die Genauigkeit das erste Erfordernis für die kritische Weiterarbeit durch andere Forscher. Die bildlich zuverlässige Vor-

*One day I found a big book buried deep in the ground.
I opened it, but all the pages were blank.
Then, to my surprise, it started writing itself.*

Björk - Bachelorette

*A mi primo Pablo Ospina Zamudio
—lo más joven que queda de mi familia—
y a mis futuros nietastros.*



Aquella madrugada nos juramos no contar jamás nuestra historia. Espero entiendas y puedas perdonarme. Si hoy he decidido escribirla es porque después de tanto tiempo callándome y revolcando mis recuerdos sobre ti, temo que la mente y el corazón se me estallen. Además, aquí donde la dejaré, esta única prueba de lo que juntos vivimos y del misterio que unidos descubrimos continuará impenetrable, aunque escojan torturarme a perpetuidad.

Ayer lunes, julio 13 de 2076, completé siete meses recluido por disposición del régimen en la colonia doméstica de La Cúpula, subdivisión penitenciaria del microdistrito Van Der Hammen, Confederación de Estados Andinos. Mis rutinas permanentes son de encierro, terapia de normalización e interrogatorios diarios en cápsulas portátiles de verificación neuropoligráfica. Mi condena tuvo como fundamento cargos por conspiración y vínculos comprobados con la Sociedad Secreta del Acertijo. Fue dictada por la división de regulación social del sistema desde Lima, la capital, bajo argumentos de “protección de los intereses soberanos de la megacorporación rectora y el supraestado soberano”.

Con el pretexto de mis ochenta años cumplidos, después de incontables súplicas me concedieron acceso sináptico grado dos a la nube mediante interfaz de cátodos

y derecho a oír música seleccionada. Pero sólo durante cincuenta minutos semanales y dentro de rigurosas condiciones de supervisión por el comité de censuras. Dependo de los baches en el *hub* central y de mi límite de cuatro *zettabytes* por sesión para lanzar este trabalenguas al vacío. Vulnerados los protocolos de criptoseguridad y cerciorado de no dejar rastros descifrables de esto que mis captores matarían por verme confesar, me pregunto si también tú, Rita, podrías describir con tan impresionante exactitud cómo y por qué nos conocimos.

Todo ocurrió setentaidós años atrás, cuando a finales de octubre en 2013 llegaste a mi colegio después de salir expulsada del tuyo. Tú tenías dieciocho y yo diecisiete. Nos separaba eso y el hecho desafortunado de asistir a clases diferentes. Así me fui aficionando a mirarte durante los recreos, sin saber todavía cómo te llamabas. Igual que los demás, prefería decirte ‘la nueva’. Notarte resultaba fácil. Tu actitud resaltaba. Tu pelo abundante y tus mechones despeinados te hacían visible. Tus ojos aparentaban estar explorando el universo a cada instante. Siempre andabas sola y con audífonos bien puestos, para desanimar a cualquiera que pensara acercarse. Cada recreo salías a leer sin que te molestáramos, debajo del árbol más grande que había. Aunque parecías muda, los de tu curso me aseguraron haberte oído pronunciar algunas palabras.

Así a muchos nos gustaras de vista, te temíamos. Poco después de que llegaras, el pesado de Delio Cano intentó conversarte. No porque él también soñara, como

yo, ser tu amigo, sino para ganar una apuesta con premio de veinte mil pesos, acumulados por un grupo de orates montadores que se jugaron las migajas de sus mesadas en eso. El desafío implicaba sostener una charla contigo durante más de un minuto mientras los demás observaban de lejos, teléfonos en mano, para inmortalizar la hazaña, subirla a YouTube y colgar el enlace en Facebook como prueba.

Yo estaba al otro lado, pude verlo con claridad y hasta mi captura guardé por seis décadas un video como evidencia. Justo el día en que me encerraron lo tenía puesto de *loop* en el simulador holográfico a la vez que oía de fondo *Pa Pa Power*, una canción vieja de Dead Man's Bones: Cano camina hacia ti, con su pose de *play* agrandado. Ya como a dos metros y sin demostrar miedo, te saluda y pregunta de la manera más idiota posible qué andas leyendo. Tú, sin soltarle una sílaba, le pones frente a sus narices la carátula de un libro en inglés. Luego regresas a tu trinchera de papel. Tiempo transcurrido entre intento y fracaso: trece segundos.

Los presentes nos burlamos al observarlo de vuelta, con el orgullo maltratado y la cara enrojecida, mientras te lanzaba una amenaza inaudible, un episodio que nadie grabó por estar ocupados riéndonos de él. Admirado, ese mismo día me encargué de investigar con más atención sobre ti y de indagar al respecto luego desde mi casa. Quería saber quién podía ser aquella que hasta al detestable de Cano lograba apabullar, enterarme de cómo sería tu familia, conocer qué clase de música acompañaba tu mudez y descubrir por qué eras como eras.

Nunca habría imaginado a tantas en el mundo compartiendo esa identidad que de entrada me había sonado tan irrepetible como tú misma. Mi búsqueda arrojó alrededor de cuatro mil cien páginas para 'Rita Hidalgo'. Facebook, unos veinte perfiles, aunque todos claramente ajenos a ti. Instagram, ninguno. Me dormí, defraudado de mis habilidades como *stalker*. Pero a falta de intuición me sobraba terquedad. Y al otro día, después de confirmar tu segundo apellido, conseguí animarme a intentarlo de nuevo, esta vez con peores resultados. Ni una sola huella, o por lo menos no bajo esos criterios con los que figurabas en las listas de asistencia.

Volví decepcionado al colegio la mañana siguiente. A mi tristeza por no poder espiarte se sumó el aburrimiento que me implicaba la eucaristía semanal de cada viernes. Ya estábamos a las ocho todos sentados, bostezando sobre las gradas del auditorio y arrullados por el padre Everardo Restrepo, mientras Lázaro Mayorga, coordinador de convivencia y profesor de democracia, se paseaba atento al más mínimo ronquido o uso no consentido del celular. El cretino aquel era un mal elemento, represivo, rezandero y abusador de su autoridad. Tenía en buscar culpas ajenas el principal móvil de su existencia. Todo cuanto no cupiera dentro de sus cuadrículas le resultaba anormal. Yo esperé a que te ubicaras y me situé en la mejor posición para así evitar dormirme, contemplándote desde una banca próxima. De ahí que estuviera entre los primeros testigos de cómo Mayorga se te acercaba, cuando a mitad de la misa descubrió que

tú también habías encontrado manera de escaparte del tedio, redactando y dibujando nunca supe qué cosas en una libreta de pasta negra puesta sobre tus piernas.

—A ver, señorita.

En principio intentaste ignorarlo, pero él insistió.

—Le estoy hablando a usted, señorita, ¿cómo es su nombre?

—¿Importa eso?

—Sí importa, y mucho. Le recomiendo que se lea el manual de convivencia. Ahí dice clarito que en las misas, en clase y en izadas de bandera está prohibido hablar, comer chicle, chatear y mucho más hacer tareas a últimas horas.

—Pero yo no estoy haciendo tareas. Y de escritura y dibujo no habla el manual. ¿O sí? —protestaste.

Cada cosa que decías aceleraba mi pulso. Mayorga se incorporó, rascó su cabeza y jaló la solapa de su saco en actitud autoritaria. Infinitas partículas de caspa quedaron suspendidas frente a un rayo solar que se asomaba a través de las ventanas, para después aterrizar repartidas entre sus hombros y el piso.

—¿Con que muy grosera, señorita? Me refiero a cualquier elemento ajeno a las actividades estrictamente curriculares. Ahora, permítame ver qué es eso tan interesante que está escribiendo en vez de ponerle cuidado al padre.

—Todavía no he terminado. Pero le prometo que cuando llene las cien páginas que me faltan se lo presto para que lo revise con toda su familia.

—¿Se está burlando de mí?

—¡Relajado! Solamente estoy escribiendo y haciendo dibujos.

Desconsiderada y súbitamente despertado de las reflexiones de monseñor Everardo, el auditorio estalló en una carcajada unánime. Histérico, Mayorga pidió autorización del sacerdote para interrumpir la ceremonia y subió el tono.

—Mejor agradezca que es nueva y que estoy tranquilo —mintió, porque la transpiración amarilla y sus jadeos indicaban lo contrario—, y acompáñeme ya mismo hasta mi oficina.

Luego, mirándonos a todos y manoteando, nos amenazó:

—Y ni crean que por culpa de unos anarquistas desadaptados y recién venidos la armonía de nuestro colegio se va a ver perjudicada. Ya lo saben: el que se ría o trate de sabotear la misa, se gana su reporte.

En ese momento los cuatrocientos y tantos estudiantes presentes vimos aterrados cómo tú, la misma a quien sólo le conocíamos sus rarezas, su silencio y su belleza, ibas ganando elocuencia para armarte de argumentos y contradecirlo.

—El colmo que usted no tenga idea de qué es anarquía y que aparte de eso use la palabra ‘desadaptado’ como insulto. En un mundo como este lo grave sería adaptarse. ¿No le parece?

Mayorga intentó imponer sin éxito un desesperado “se callan” sobre el murmullo suscitado por tus planteamientos. Luego retomó fuerzas.

—Se lo vuelvo a repetir por última vez, señorita: acompañeme inmediatamente a la oficina, si no quiere meterse en un problema peor.

—Con mucho gusto lo acompaño. Pero la próxima no diga “volver a repetir”. Eso se llama ‘redundancia’.

Bajos, sopranos, mezzosopranos, contraltos, barítonos y hasta castratos se fundieron en un solo “uuuuuuuuu”, mientras Mayorga remataba la faena con su correspondiente: “¡Y ustedes calladitos, y más bien pendientes del resto de la homilía, que harto les conviene!”.

Partiste tras él, camino al paredón. En el primer recreo se difundió la noticia de tu suspensión, para ti un motivo de fiesta más que de lamento. Las opiniones se repartían entre quienes te consideraban altanera y quienes veíamos una heroína. Fue precisamente eso lo que me llenó de aquella inusual fuerza como para escribirte una nota que me decidí a dejar personalmente en tus manos, antes de que te subieras a la ruta y no pudiera verte por tanto tiempo. Fue el acto más osado hasta entonces cometido por mí. Y lo inspiraste tú, Rita:

“si llegas a necesitar algo en estos días, aquí estoy.

Valentín. 316 446 7738” —decía.

Al finalizar la jornada, cuando marchábamos a los buses para iniciar otro fin de semana y yo ya lamentaba tu ausencia por venir, con las piernas temblándome y el corazón haciendo un escándalo que debió resonar a veinte kilómetros, corrí hasta las puertas de aquel bus al que estabas subiéndote para entregarte el mensaje en silencio. No me hubiera sorprendido que premiaras mi

atrevimiento con bofetadas. Pero sólo me miraste extrañada, lo recibiste sin leerlo, te lo guardaste en el bolsillo y avanzaste hasta tu silla.

Me di vuelta mientras mentalmente iba reprendiéndome por haber sido así de iluso al considerarme digno de tu atención, pensamiento que atormentó el resto del viernes, de mi sábado y también de mi domingo. Pero este último día, algo tarde, como a las once y sin que pudiera creerlo, unas palabras de un número no guardado parpadeaban en la pantalla de mi teléfono.

Buenas noches.

quien eres?

Rita.

Yo, que no imaginaba una sola razón para alegrarme en un día como ese, sentí que deliraba. El suelo del cuarto y yo nos estremecimos antes de agradecer a la suerte por el milagro de que la única Rita del mundo que conocía me saludara.

Hola, te he pensado mucho

Eso digité en principio, con mis dos pulgares hechos gelatina y listo para un autodestructivo 'Enviar'. Pero pronto me percaté de la estupidez que habría sido responderte así, borré y corregí:

Hola Rita, como vas?

Regular, gracias. Necesito ayuda en una cosa urgente y confidencial.